

Lo femenino y el límite del lenguaje

PAULA VALLEJO

Lacan dice que las mujeres se ubican “entre centro y ausencia” (Lacan, 2012: 118), aludiendo a la duplicidad de su goce que las sitúa por un lado con un pie en el falo, en tanto es con el falo que ellas arman su cuerpo y se sostienen en el amor, y con otro pie en el S (\mathcal{A}), por donde ellas se conectan con el límite del lenguaje, y dan pruebas de la existencia de un goce que las ausenta de sí mismas como sujetos.

En su *Seminario 20*, Lacan insiste en que de ese Otro goce ligado al S (\mathcal{A}) las mujeres no pueden decir nada, salvo que lo sienten y añade “no les ocurre a todas” (Lacan, 1995: 90). Es a partir de ese Otro goce que toma cuerpo en la clínica de lo femenino, que Lacan se va a ver llevado a elaborar el concepto de *sinthome*.

Con las fórmulas de la sexuación se ubica una primera partición, donde el goce fálico queda planteado como un pasaje necesario para una mujer, –aunque se produzca de modo contingente–, si quiere entrar en relación con un hombre, mientras que el Otro goce se sitúa como un goce suplementario, no necesario, pero de cuya

existencia—o mejor dicho, del consentimiento que una mujer pueda hacer a su existencia, aunque no pueda nombrarlo— dependerá el modo en que viva su feminidad.

No son caminos por completo separados, y es necesario recordar la tesis lacaniana del hombre como relevo para que una mujer pueda acceder de una buena manera a ese Otro goce que la habita (Lacan, 1985: 711). Claro que no es así siempre, porque la presencia de un hombre no garantiza el resultado. Dependerá también de la posición del hombre en cuestión para que una mujer no quede encerrada enteramente del lado fálico, forzada a entrar en la horma fálica a toda costa, al precio de su angustia y su enloquecimiento.

La solución de la histeria

Lacan nos indica que el rechazo al Otro goce por parte de una mujer, el rechazo a interrogarse por ese Otro goce que la habita y la vuelve Otra para sí misma, se traduce en un intento de hacer existir a El hombre, un empuje que la encierra en el universal del todo fálico. Es así como define a la histeria, a la que sitúa por entero del lado de la lógica fálica, oponiéndola a la posición femenina como aquella que consiente a soportar la barradura del Otro, y por ende, la duplicidad del goce. Cuando esto no es soportado surge la ficción—con todo el padecimiento que esto implica— de que La mujer existiría, la mujer que haría paridad con ese padre-hombre que ella exige que exista bajo el modo del *gozopresencia*¹. Lacan señala lo inconveniente de esta solución en el *Seminario 19*:

¹ Para seguir esta referencia me basé en una clase dictada por Florencia Dassen, que participó como invitada en mi seminario “El amor a *lalengua*”, en acción Lacaniana de La Plata, año 2012.

Que el al menos uno sea presionado a habitar la *gozopresencia*, si puedo expresarme así, de la mujer, en esa parte que no la hace completamente abierta a la función fálica, *constituye un contrasentido radical acerca de lo que exige su existencia*². Debido a ese contrasentido, él ni siquiera puede existir, la excepción de su existencia misma está excluida, y se desvanece ese estatuto del Otro caracterizado por no ser universal. (Lacan, 2012: 119)

Este contrasentido radical, que intenta llevar lo que es una función lógica $\exists x. \Phi x$ al plano ontológico –el lugar del Otro como Otro completo, un lugar de ser–, produce como resultado en la mujer un tipo de locura que habitualmente llamamos locura fálica, en la que la operatividad del límite fálico queda abolida. Se traduce en la clínica por una constante mortificación de la mujer en cuestión, quien no cesa de esperar –y de pedir– un cambio en su *partenaire* que le permita estar a la altura de “el Hombre” que ella intenta hacer existir en él. En esa dirección, cuanto más cede el hombre ante la locura por el falo más mortificación retorna para la mujer, y mayor es el desconocimiento de lo que hace a su goce singular, por cuanto esa falta de límite la empuja a ella misma hacia el universal de La mujer.

Podemos encontrar un ejemplo de locura fálica en el personaje femenino de la película *Antes de la medianoche*. A medida que Celine se va adentrando en la conversación con Jesse, su *partenaire* amoroso, resbala por la pendiente de los reproches acumulados a través de los años, pasando por el recuento de toda su postergación profesional a causa de la maternidad, como si se pensara a sí misma a partir del *sacrificio* ofrecido para sostener el éxito de su marido. No hay nada que él pueda decirle capaz de detener la catarata de

² Las cursivas son mías.

verdades que ella le arroja en la cara cuando siente que él espera de ella un sacrificio más, haciendo de su propio modo de goce una exigencia del goce del Otro, ése que ella ha procurado hacer existir para asegurar su lugar. Lo único que tiene la chance de producir un límite para ella frente a este arrebato es el amor, es decir, que un hombre se presente como aquél que da lo que no tiene, esto es, le ofrezca no sólo su potencia, semblante contra el que ella choca, sino que le dé su castración como un don, barranto así la consistencia del Otro. En la película mencionada, es la potencia del acto de amor de este hombre lo que detiene a esta mujer. Es la dignidad de un amor que no ruega sino que apela, a su vez, a un acto de decisión de ella: es ella quien tendrá que decidir qué es lo que elige, si persiste en sostener un ideal o si hace lugar a una versión distinta del amor, menos inhumana, más real.

Locura fálica y locura femenina

Si la locura fálica se presenta como una modalidad de fracaso del límite fálico a partir de su potenciación sin límite, ¿no habría que atribuir esa escalada sin detención a la incrustación de Otro goce, ese que Lacan llama femenino, y al que atribuye la experiencia del abismarse de la que testimonia una mujer, en tanto se vuelve Otra para sí misma sin mediación alguna, pudiendo adentrarse en una zona de extravío, sin límite ni nombre que la detenga, una zona donde queda tomada por ese Otro goce, por haber perdido su punto de apoyo en el falo? ¿No sería este extravío lo que la empuja a hacer consistir al Otro como un intento desesperado de recuperar un marco de referencia, sin advertir que al rellenar el vacío del $S(\mathcal{A})$ queda sometida al estrago mismo de su demanda infinita?

Por otro lado, cuando Lacan ilustra con la figura del personaje mítico de Medea esta posibilidad femenina que tiene una mujer de abismarse, un equívoco se produce. Porque por un lado la presenta como una extraviada, una loca que llega a ser capaz de matar a sus propios hijos para vengarse de la traición de su esposo, Jasón, una mujer que no duda en sacrificar lo máspreciado que tiene con tal de herirlo a él, abrirle una herida que jamás podrá cerrar. Pero al mismo tiempo elogia en ella ese coraje que le hace merecer el calificativo de *verdadera mujer*, debido a que en ella prima la posición femenina por encima de su posición como madre. Y más aún porque Lacan no dudó en afirmar que en toda mujer puede haber algo de Medea, dando con ello lugar a una versión muy extrema de la posición femenina, en la que ésta queda frecuentemente asociada a la locura. La pregunta que de allí se sigue es ¿cómo puede una mujer hacer lugar a lo femenino en ella sin caer en la locura?, ¿qué versión de lo femenino supone un fin de análisis, en tanto se propone como un trayecto capaz de conducirla del padre a *una* mujer, esa que ella misma debe inventar a partir del momento en que acepta que no La hay. Y en este sentido, ¿cómo diferenciar el enloquecimiento femenino que llamamos locura fálica del enloquecimiento que se produce en una mujer cuando se ve empujada a esa dimensión del Otro goce, donde no encuentra un límite que le permita hacer pie?

El goce del *sinthome*

La locura fálica, en la mujer, es consecuencia del intento de tratar todo su goce en clave fálica, lo cual la lleva a la mortificante experiencia del colmo del sentido, y la mantiene *encerrada* en el universal del falo sin punto de exterioridad que funcione como

límite. La locura femenina se produce, por el contrario, a partir de su intento de prescindir del falo, lo cual la deja fuera de sentido y fuera de lazo, *envuelta* en un goce que guarda afinidades con lo irrepresentable, lo indecible y el infinito.

Es en la perspectiva de la última enseñanza que el goce se presenta para todo *parlêtre* como goce del Uno, producto del encuentro traumático entre *lalengua* y el cuerpo. Se trata del goce del síntoma en su dimensión de real, y como tal se define como un puro acontecimiento de cuerpo, fuera de sentido. Es a este goce al que Lacan va a otorgarle la función de existencia, diciendo que él hace ex-sistir al inconsciente, (Cfr. RSI) y con él, al significante, al falo, al amor, etc., todos semblantes que velan lo real del goce.

A este goce Uno, imposible de negativizar porque no entra en la ley del significante, no pasa por la castración y por ende no responde a la lógica fálica, Lacan lo va a abordar en el *Seminario 23* con el concepto de *sinthome*. El goce del *sinthome* es entonces el goce no edípico, que Lacan ubicó como goce femenino.

El no-todo y el límite

En este punto cobra relevancia una indicación de Lacan, del *Seminario 19*: “El no-todo no resulta de que nada lo limite, ya que el límite se sitúa allí de otro modo” (2012: 202). ¿Cómo? Así como del lado del falo el goce aparece negativizado por la operación de *castración* y es la falta, $-\Phi$, la que funciona de límite tanto a nivel simbólico como sobre lo real de los cuerpos –la detumescencia fálica–, del lado del no-todo se tratará de volver operativo otro límite, que no responde a la lógica de la falta sino que más bien se asienta en una *falla* –no hay relación sexual–, que alude al agujero.

Dice Lacan que del lado del no-todo, lo que viene al lugar de la inexistencia de lo que negaría la función fálica es el hecho que tiene una mujer de ausentarse (2012: 202).

A propósito de esto, retomo un fragmento del testimonio de Silvia Salman, que me ha permitido pensar este punto del límite del no-todo.

Ella transmite muy claramente cómo su síntoma histérico “hui-diza”, animado por el fantasma de “hacerse agarrar para huir”, la ponía en relación a los hombres al precio de una mortificación neurótica y cómo a través del trabajo de análisis logró dejarse agarrar y encontrar una satisfacción en ello (consentimiento a ser causa de deseo para un hombre). Por otro lado, transmite lo que en su último testimonio llamó “una sutileza de lo femenino” (Salman, 2013: 112- 117), que ella circunscribe al uso que pudo hacer de su modo de ausentarse, que podríamos ubicar como su invención singular. Ella dice:

...podemos concluir que (para una mujer) hacerse amar es fundamentalmente hacerse hablar. Un hacerse hablar que permite mantener un goce silencioso o también *un goce del silencio, que denota ese punto en que todas las palabras desfallecen para nombrar lo que es una mujer*³. Un modo de hacer existir una ausencia y un goce correlativo a ella, que Lacan denomina en el *Seminario 19 gozoausencia*. Y al que (en otro testimonio) me referí con las palabras del poeta “me gusta cuando callas porque estás como ausente”.

Lo que ella llama “una sutil erotomanía”⁴ tiene que ver con la posibilidad de hacerse amar/hablar a partir de consentir a su go-

³ Las cursivas son mías.

⁴ Es Eric Laurent quien le señala a Silvia la existencia de una “sutil erotomanía” en el amor, en el comentario que realiza del testimonio, “El misterio del cuerpo que habla”, en las Jornadas de la EOL 2010.

zoausencia. Es a partir de este consentimiento que ella es no-toda, pudiendo experimentar la duplicidad de su goce sin abismarse a causa de ella.

Lo femenino y el límite del lenguaje

La pregunta entonces sería ¿cómo podría volverse operativo un límite más allá del falo, en el punto en que el *parlêtre* se confronta al S (A)? ¿Cómo podría hacerse lugar en el análisis a un límite que no sea ir a hacer consistir al Otro o hacer existir El padre, que es lo que hace la histeria?

Siguiendo la perspectiva de la última enseñanza, según la cual el Otro no existe y sólo se trata de *lalengua* y del impacto de sus marcas de goce en el cuerpo –acontecimiento de cuerpo que permanece fuera de discurso y fuera de sentido–, una respuesta posible sería apuntar a hacer lugar en el análisis a ese punto de exterioridad, que permanece como indecible, lo imposible de decir del lenguaje. Creo que es en esta zona del *goceausencia* femenino que podemos pensar la posibilidad de alojar el punto en el que las palabras desfallecen, haciendo de su constatación una forma de límite.

Un análisis podría poner en función ese límite, hacer lugar a que una mujer deje de empujar para el lado fálico, y pueda servirse de ese límite mismo del lenguaje como modo de apoyarse. Que pueda apoyarse en el S (A), en vez de ser tragada por él.

Bibliografía

Lacan, J. (1985). “Ideas directivas para un Congreso sobre la sexualidad femenina”. En *Escritos II* (pp. 704- 715). Buenos Aires: Siglo XXI.

- Lacan, J. (1995). “Dios y el goce de LA Mujer”. En *El Seminario, Libro 20, Aun* (pp. 79- 93). Buenos Aires: Paidós.
- (2012). “Lo que incumbe al Otro”. En *El Seminario, Libro 19,...o peor* (pp. 109- 119). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2012). “Teoría de las cuatro fórmulas”. En *El Seminario, Libro 19,...o peor* (189- 205). Buenos Aires: Paidós.
- Salman, S. (2013). “Sutilezas de lo femenino”, en: *Revista Lacaniana n° 10* (14) 112- 120. Buenos Aires: Grama.